

Prólogo

Estimado lector:

Este libro que ahora sostienes seguramente no solo es un libro. Puede que sea un regalo, un ansiado tesoro tras mucho buscarlo o un agradable recuerdo del encuentro con su autor. En definitiva, es mucho más que un simple objeto.

Estas páginas están rodeadas de un valor simbólico. Algo que también sucede con las reliquias, cuyo valor material es infinitamente menor que su prestigio religioso, histórico, antropológico... Solo así se explica que trozos de madera, ropas andrajosas o absurdas piedras hayan propiciado los enfrentamientos más encarnizados o las peregrinaciones más sufridas con tal de entrar en contacto con tal o cual pieza.

Esta maravillosa obra que nos brinda Javier Ramos se adentra en todas esas implicaciones que rodean las reliquias cuyo valor material, insisto, es en muchos casos, escaso o sencillamente despreciable.

Esta pasión por determinados objetos no es un fenómeno único del catolicismo. Las reliquias son de todo tiempo y todo lugar. Hay reliquias militares, taurinas, deportivas, políticas, incluso científicas. Todo lo cual se explica por la necesidad inherente al ser humano de materializar en determinados objetos, sentimientos de toda índole. Incluso por qué no, también valores económicos y crematísticos que propiciaron el mercadeo de reliquias, hoy prohibido, pero antaño de gran beneficio económico.

Otras veces, las menos, las reliquias son testigos inertes del pasado, bajo cuyos «poderes» se han coronado reyes, proclamado papas y alzado emperadores. E incluso, las menos de las menos ocasiones, las reliquias fueron objetos singulares de difícil

clasificación, fósiles, osamentas o minerales que por su extrañeza fueron tenidos por objetos maravillosos y propiciaron los famosos gabinetes de curiosidades o *kunstkammer*.

Con lo cual, no nos dejemos engañar, las reliquias no solo son objetos piadosos; también son el germen de los museos de historia y ciencias naturales, del *merchandising* y del fenómeno fan. Y da igual en la cultura que nos encontremos, ya que personajes contrarios al culto a las reliquias, como Lutero, acabaron reverenciados al mismo nivel. Muestra de ello es que su tumba en Wittenberg (Alemania) acabó rodeada de leyendas, como les pasa a otros cadáveres de santos y demás personajes del mundo de las reliquias.

Lo vemos incluso en nuestra vida cotidiana, donde un objeto puede estar cargado de un valor sentimental y que en el fondo nos cuenta una historia. Esa quizá sea la mayor importancia de las reliquias: el aura mística y mítica que les rodea.

Dando pie, como es lógico, a la inevitable pregunta: ¿Pero las reliquias son auténticas? Sinceramente, qué más da. Felipe II, ante su hijo Felipe III, se hizo la misma pregunta. Era inevitable dudar que alguna de las miles de reliquias habidas en el monasterio de El Escorial fuera falsa, pero el monarca respondió con enorme lógica. Nada malo había en rezar a aquellos objetos fueran falsos o auténticos; las oraciones nunca estaban de más a ojos de Dios. Desde el punto de vista histórico-cultural sucede algo parecido. Qué más da que sean falsas o auténticas las reliquias si lo apasionante es que en torno a la ropa interior de un santo se fraguó todo un culto o que algo tan cotidiano como un mantel haya generado enfados, controversias y, según algunos, grandes milagros.

Termino estas palabras con una anécdota personal ocurrida en un viaje a Roma. Visitando la basílica de santa Práxedes, un hombre me preguntó que qué era ese objeto pétreo que se encontraba en una de las capillas. Como buenamente pude le traté de explicar que decían que se trataba de la columna donde flagelaron a Cristo, pero que no tenía ninguna pinta de ser verdad.

Esa segunda explicación nunca fue oída por el feligrés, que a grito de: *¡Questo è molto importante!*, terminó llamando la atención de los responsables del templo, quienes verdaderamente no sabían qué hacer con él.

Trataron de sosegarle restando importancia al objeto, lo cual alteró más aún al feligrés, que en su éxtasis no entendía cómo los

custodios de aquella reliquia no le daban el valor que merecía. Al final, desesperados por las voces y los aspavientos que aquel tipo estaba formando, los empleados de la basílica le invitaron educadamente a que se marchase, cosa que hizo, pero no sin antes gritar varias veces su insistente serenata de: *¡Questo è molto importante!*

Seguramente allí entendí que uno de los aspectos fascinantes de las reliquias es su capacidad para poner de manifiesto la naturaleza humana, el ahínco, la pasión, el fanatismo, la piedad y un sinfín de emociones que florecen en algunos humanos cuando las tienen ante sí.

La obra de Javier Ramos, perfecto conocedor de estas implicaciones, seguro que no deja al lector indiferente. Puede que avive sus creencias, puede que despierte su curiosidad, o quizá ante las más falsas se indigne, pero no se preocupe porque también hay algunas lo suficientemente disparatadas como para hacerle sonreír.

En cualquier caso, este viaje que ahora nos brinda, seguro que les resulta tan agradable como a mí, que tras acabar harto de ver tantos cachivaches después de haber escrito mi libro *Las Reliquias*, he vuelto a disfrutar con la obra de Javier. Les deseo a ustedes lo mismo, pues seguro les va a divertir.

Miguel Zorita



El Beso de la Reliquia (detalle, 1893), cuadro de Joaquín Sorolla

INTRODUCCIÓN

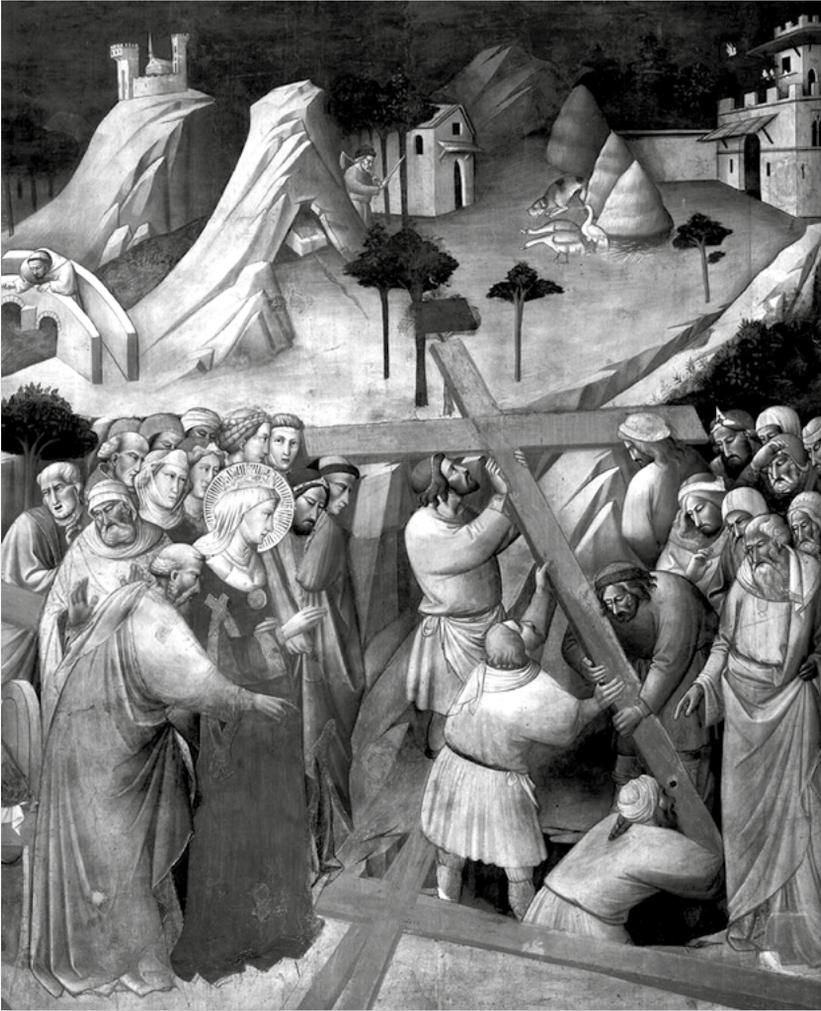
Aún atraen multitudes. Denostadas como obsoletas por ateos y laicistas, movilizan la fe de comunidades enteras. Son las reliquias. Manifestaciones tangibles de los santos que fueron y, hoy, permanecen no solo en la memoria de quienes atestiguaron sus vidas extraordinarias. Su culto, pese a ser antiquísimo en la Iglesia católica, todavía necesita ser regulado.

Fe, al menos según la definición de san Pablo, es creer en lo que no se ve. ¿Dónde encajan aquí las reliquias, si su sentido está precisamente en ser vistas, en inducir la reflexión, en despertar devoción? ¿Son signo de debilidad o de fortaleza de la fe? Sin duda, las reliquias son signo de que la fe es algo mucho más complejo de lo que san Pablo da a entender.

La fe no solo trata de lo invisible, de lo sobrenatural o espiritual. No puede aislarse tan fácilmente como lo ultramundano. Si la fe no contempla en primer término las amargas realidades de la vida (cuerpos, muerte y el inevitable fin de todo cuanto conocemos), ¿qué tiene entonces que decirnos?

Las reliquias constituyen un reconocimiento de que, en efecto, aunque nuestra vida tenga una dimensión espiritual, somos también carne sometida al escrutinio de cuantos nos rodean. Somos a un tiempo personas que necesitan símbolos para sobrevivir y símbolos nosotros mismos. Nuestros cuerpos tienen la capacidad de contar historias que no podemos ni imaginar.

El culto a las reliquias ha sido parte fundamental del cristianismo casi desde sus orígenes. No en vano, la primera gran coleccionista de ellas fue santa Elena, madre del emperador Constantino. Además de ser la artífice de la conversión de su hijo y de que este declarara el culto a Jesucristo como la única religión en el Imperio



La recuperación de las Tres Cruces por Santa Elena. Detalle de uno de los frescos de la Leyenda de la Verdadera Cruz (1385-87) de Antonio Gaddi, en la iglesia de la Santa Croce, Florencia (detalle)

romano, realizó una serie de viajes por Tierra Santa que le llevaron a descubrir algunos de los objetos más sagrados del cristianismo: la cruz, los clavos, la corona de espinas...

Este es el punto de partida de *La España Sagrada. Historia y viajes por las reliquias cristianas*. Con esta obra recorreremos una España mágica, un país repleto de objetos venerados por una amplia comunidad de fieles cristianos cuya fe otorga a estas reliquias un aura divina, en ocasiones capaces de sanar enfermedades

y hacer otro tipo de milagros. Son decenas las iglesias, catedrales, monasterios y cenobios diseminados por nuestro territorio que sustentan su razón de ser en la fuerza que les transmiten las reliquias, ya sean verdaderas o falsas.

Ver, oler, oír, tocar o degustar lo que es intangible e inabarcable como la fe, es algo que tiene más sentido si va acompañado de una buena reliquia. Son unas cuantas las que el lector se va a encontrar en estas páginas: míticas como el Grial de la catedral de Valencia, el Pañolón de Oviedo, el Lignum Crucis de santo Toribio de Liébana, el Mantel de Coria, el sepulcro del apóstol Santiago en Compostela... Son solo algunos de los fascinantes objetos y lugares que abarcan las páginas de este libro en un peregrinaje místico, trascendental.

El apasionante viaje por la España Sagrada nos llevará a conocer también los cuerpos y momias de santos y santas que, pese al paso del tiempo, muestran tal grado de incorruptibilidad para el que la ciencia no tiene todavía respuesta.

Y un poco o mucho de historia: la pasión desmesurada que el rey de mayor gloria de nuestro imperio, Felipe II, profesó a los huesos de los santos. Su exacerbado catolicismo le acompañó hasta la muerte y con él, una legión de reliquias bien custodiadas en su obra cumbre: El Escorial.

Más contemporáneo es el caso del caudillo Francisco Franco. El dictador, a imagen y semejanza de Adolf Hitler, mostró fascinación por el mundo del ocultismo y los objetos de poder. Entre ellos, hizo de Teresa de Jesús una santa de su cruzada y de su mano dentro de un relicario un talismán que le proporcionaba fortuna dichosa. O eso creía él.

Siempre habrá reliquias entre nosotros, por muy espiritual o científicamente avanzados que nos creamos, por muy bárbaro que nos parezca encontrar en los restos de quienes admiramos una vía hacia algo más grande que nosotros.

El culto a las reliquias sigue vigente, sin importar el paso de los años. Y atrae no solo a los fieles, sino que tiene también impacto entre quienes han perdido la fe. Sucede quizás porque las reliquias tienen una materialidad, mientras otras cosas son espirituales y más difíciles de percibir. Las reliquias no son una cosa en desuso, siguen siendo válidas por tratarse de elementos materiales con los cuales pueden interactuar, incluso aquellos que tienen poca o casi nula fe.

La veneración de las reliquias es practicada por cristianos y no cristianos por igual. No está restringido de ninguna manera a la religión católica, sino que es, en cierta medida, un instinto primitivo con orígenes que preceden al cristianismo.

Se trata de un fenómeno casi inevitable porque da cohesión a la comunidad. Este no es un enfoque moral, sino más bien sociológico. La reliquia actúa como punto focal donde se refleja la imagen exterior sin dar lugar a ninguna diversidad de interpretaciones. Es un tótem para la tribu, una imagen de su espíritu. Por ese motivo, el hecho de que las reliquias sean o no verdaderas es irrelevante, el caso es que cumplan con su función.

La piedad occidental, menos trascendental que la oriental, se presenta más sensible a la naturaleza humana de Cristo, y por lo tanto, más unida a los recuerdos materiales que Jesús, la Virgen María y los santos dejaron sobre la tierra. Estos objetos no pueden ser considerados como simples despojos materiales o recuerdos personales, ni como los restos mortales de un personaje insigne.

Su valor trasciende esos parámetros, pues la santidad indiscutible de estos personajes venerados implicaba que todo lo que había estado en contacto con él quedaba sacralizado por la emanación de su *virtus*. De este modo, la reliquia debe ser entendida como la presencia real e ininterrumpida del santo entre los fieles. De ahí la honra con la que se veneran, el respeto que reciben, el afán por poseerlas y el celo por conservarlas, pues se trata de unos objetos de culto que son eficaces y poderosos salvaguardas espirituales.

Las reliquias son los instrumentos materiales, visibles y tangibles mediante los cuales se manifiesta la omnipotencia divina. A día de hoy, siguen despertando pasiones, sobre todo en Semana Santa y las fiestas locales de cada municipio. España es en apariencia un país aconfesional, como así recoge su Constitución, pero el fervor por los restos sagrados del cristianismo sigue más vivo que nunca dos mil años después. Comenzamos el peregrinaje por la España Sagrada.

1

¿QUÉ SON LAS RELIQUIAS?

El diccionario de la Real Academia de la Lengua Española (RAE) define una reliquia como «residuo que queda de un todo». Deriva del latín *reliquiae*, se entiende como «una parte del cuerpo de un santo o aquello que, por haber tocado ese cuerpo, es digno de veneración». Es decir, las sobras. Pero, ¿qué sobras! Unos vestigios tildados de divinos y a los que el fervor les ha dotado de un aura milagrosa que hoy en día se mantiene en muchas partes del planeta.

El culto de las reliquias ha sido uno de los elementos más característicos y llamativos del cristianismo desde sus orígenes. Las reliquias se definen como los restos de los mártires o los santos, ya sean corporales (como los huesos, el cabello o incluso tejido orgánico) u objetos asociados con el santo en cuestión y su martirio. Se guardaban en recipientes especiales, los relicarios, y se colocan en las iglesias (bajo el altar o en una capilla) para que los fieles los veneren en el día de cada santo y participen de la santidad y gracia ligadas a esos restos.

Una reliquia es más que un simple *souvenir*. Eso está claro. Las reliquias cubren a la perfección muchos de los vacíos de la existencia humana que con la simple fe no se logran superar. Quizá ahí radique su éxito. Las reliquias son tan complejas y diversas como los seres humanos que fueron en su día. Ya se trate de un diente, de un corazón, de un pelo de la barba o de una lágrima calcificada, han ejercido una influencia de lo más notable a lo largo de la historia, teniendo en cuenta que son pequeñas y a menudo francamente repugnantes.

También la sugestión y el autoconvencimiento otorgan poder y estatus a una reliquia. Quien cree en ellas las hace merecedoras de su suerte o beneficio en vida. Se convierten en una especie de

amuleto que ayuda a admitir mejor la derrota en caso de fracaso y propicia el éxtasis cuando se obtiene una victoria. Y es que la adoración por las reliquias está asociada al fetichismo. Un objeto en apariencia insignificante puede convertirse en todo un símbolo.

La gente se siente atraída por las reliquias porque ponen de manifiesto lo que a todos nos dice nuestro corazón: que los cuerpos cuentan historias; que la transformación que ofrece la fe no es solo, como expresa el Evangelio, «el verbo hecho carne», sino la carne hecha verbo. Tras el cristal de un relicario, está la historia de una vida contada en un fotograma congelado.

Lo cierto es que las reliquias, en realidad, consisten en despojos humanos, de santos, profetas y sabios: recuerdos y desechos de hombres y mujeres consagrados, y sobre todo de sus cuerpos. Las reliquias de los santos siempre han gozado de veneración creciente por parte del pueblo cristiano, según ya apuntan Padres Apostólicos y Santos Padres de la Iglesia, como Ignacio de Antioquía, Policarpo, Efrén, Agustín, Teodoreto, Jerónimo, Máximo...

De entre todas, una buena porción de reliquias (miles) fueron atribuidas directamente a Jesús, aunque un análisis histórico de las mismas aclaró el enigma: todas ellas fueron «fabricadas» mucho tiempo después de desaparecer el Nazareno de la faz de la Tierra.

Aunque los criterios para comprobar su autenticidad fueron vagos. Así se explica que se conserve el suspiro de san José medido en un bote o que tengamos siete o más cabezas de Juan el Bautista, del que se conservan sesenta dedos; las plumas del arcángel Gabriel; las piedras con las que lapidaron a san Esteban; lentejas de la Última Cena...

DISEMINADAS POR TODO EL PLANETA

Se encuentran reliquias en cualquier rincón de la Tierra, y en diversos estadios del desarrollo cultural del hombre. Lo que todas esas prácticas tienen en común es la transformación de la vida en objeto, de algo que en su día fue útil tan solo a un individuo en algo útil para toda una comunidad.

La misma palabra, en su raíz, indica «algo que sobra o se deja atrás». Desde este punto de vista, las reliquias son también una de



La cabeza de San Juan Bautista en la catedral de Amiens, Francia.

las pocas cosas que verdaderamente tienen en común las religiones del mundo. Toda religión es un banquete de vidas santas; las reliquias son sus obras. Condensan de modo sucinto el significado y el poder del objeto: una reliquia es sencillamente lo que queda.

Es el cristianismo quien propició una virtud «mágica» a este tipo de objetos por considerarlos divinos. Se suelen corresponder a un santo, la Virgen o cualquier otra entidad sagrada con cierta intercesión divina. El interés de la Iglesia en los primeros momentos de su historia fue desterrar las prácticas supersticiosas heredadas del paganismo, pretendiendo sustituirlas por otras parecidas, pero de raíz cristiana.

Las reliquias fundamentan en los fieles una de las más firmes creencias de todas las épocas. Son la expresión del favor divino que los santos gozaron ya en vida, y que tras su muerte, los restos corporales y los objetos que utilizó, tienen para los fieles una virtud de carácter taumatúrgico incontestable.

El deseo de guardar estas piezas surgió con los primeros mártires de la Iglesia. Los cristianos llegaron a la conclusión de que

quienes habían sufrido martirio podrían ser unos excelentes intercesores ante Dios; de ahí que decidieran hacerse con sus ropas, enseres y cuerpos para acelerar las concesiones de la divinidad.

Para Antonio Piñero, catedrático de Filología Griega de la Universidad Complutense de Madrid y especializado en cristianismo primitivo, «la implantación de la devoción a las reliquias se hace casi general en la cristiandad del siglo IV, unida a la libertad de culto que proporcionó el Edicto de Milán del año 311, en el que el emperador Constantino, después de la batalla de Puente Milvio, permitió que el cristianismo pudiera añadirse a la lista de religiones y cultos permitidos en el Imperio. Ello produjo peregrinaciones a los lugares emblemáticos de la cristiandad, sobre todo Roma y Jerusalén».

Sin embargo, y según comenta Juan Eslava Galán en *El fraude de la Sábana Santa y las reliquias de Cristo*, en sus comienzos judaicos, el cristianismo, «fue muy enemigo de las reliquias. La religión judía abominaba de cuanto hubiera estado en contacto con un cadáver». Solo hay que leer la Biblia: «Quien toque a un cadáver será impuro durante siete días» (Núm. 19, 11).

UN PODER ILIMITADO

El poder de las reliquias era ilimitado. Según la doctrina de san Gregorio Nacianceno, el que toca o venera los huesos de un mártir participa de la virtud y gracia que reside en ellos y que es la misma del poder que tiene su santa alma. Junto al culto a las reliquias hacia los mártires, sin duda el fenómeno más característico en Occidente, entre las manifestaciones de la fe cristiana, fue el culto a las reliquias carnales de la muerte de Cristo. Gotas de su sangre se creía que habían sido recogidas durante su agonía, habían impregnado su paño de pureza e incluso habían llenado místicamente el cáliz del Grial. Por contacto y analogía, todos los instrumentos de la Pasión se convirtieron en preciosas reliquias, particularmente los maderos de su cruz.

Las reliquias han sido objeto de veneración por parte de creyentes de todo el mundo porque, en todo el orbe, las personas en las que los creyentes creen mueren. Lo que todas las religiones distintas tienen en común es la focalización del culto de sus

hombres y mujeres santos en sus restos mortales, que ocasionalmente son también el centro de sus disputas.

El origen de las reliquias es muy anterior al cristianismo. Las hachas neolíticas ya se veneraban en la prehistoria como elementos de protección. Es la piedra la que se adoraba, un material considerado objeto de poder desde tiempos remotos a través de las cuales se manifestaba la divinidad. Las pruebas arqueológicas sugieren que fueron los neandertales los primeros en inhumar a los muertos, hace unos 70.000 años.

La utilidad de estos objetos es la clave para entender, o bien imaginar, sus orígenes. Los antropólogos sugieren que la veneración de reliquias se puede remontar incluso a antes del nacimiento de la religión a los enclaves más antiguos de enterramientos humanos.

TAN ANTIGUAS COMO LA PROPIA HUMANIDAD

Como los enterramientos, los rumores sobre el poder de los muertos surgieron muy pronto en la historia religiosa de la humanidad. Las reliquias han estado presentes desde un principio, poco más o menos. No hay religión, por muy adelantados que se consideren hoy sus miembros, que haya sido inmune en el pasado a una u otra forma de culto a las reliquias. Incluso tradiciones como el judaísmo y el hinduismo, que condenan la manipulación prolongada de los cadáveres, han tenido reliquias de algún tipo. Hasta las escrituras hebreas hablan del poder sobrenatural de los huesos.

Nadie puede afirmar cuándo se originó la práctica de guardar y venerar los restos de los denominados «santos difuntos», pero probablemente sea más antigua que ninguna otra de las prácticas religiosas que han sobrevivido hasta nuestros días. No se sabe si fueron los ritos funerarios los que precedieron a la veneración de las reliquias o viceversa pero, dado que la existencia de una cosa condujo de forma natural a la otra, la cuestión de si el duelo ritualizado llevó a la creación de reliquias o la creación de reliquias llevó al duelo ritualizado es la pregunta prehistórica del huevo y la gallina.

Buena parte de ese rito comienza en la antigua Grecia, cuando sus moradores adoptaron la costumbre de preservar parte de los

soldados muertos en combate por motivos espirituales, como parte de su devoción religiosa. En la antigua Grecia, la veneración a las reliquias estaba asociada a los héroes mitológicos. En la isla de Lesbos o Esmirna se guardaba la cabeza de Orfeo y en la base del monte Olimpo estaba enterrada la cabeza de un coribante.

Antes, los egipcios conservaban a reyes a quienes consideraban dioses, mientras que los pobladores del Japón prebudista desarrollaron un método de automomificación que creaba estatuas, vivientes en su día, adoradas como imágenes de la eternidad.

En las culturas indígenas de América, los restos de los enemigos muertos en combate servían de alimento con la creencia que así se adquiriría la fuerza y poder del fallecido. En África se solían incinerar los cadáveres de los contrincantes y las cenizas se guardaban en bolsitas que se colgaban al cuello a modo de amuleto.

En Asia también existe la tradición de las reliquias. Se cuenta que al morir Gautama Buda, se recogieron los restos de su cuerpo incinerado y se repartieron las cenizas entre ocho reyes. Entonces se construyeron diez templos para guardar aquellas reliquias; aquellos templos se convirtieron en lugares donde hoy confluyen multitudinarias peregrinaciones.

El maravilloso mundo de las reliquias no es algo exclusivo del cristianismo. En otras religiones también se veneran restos de santos. Como por ejemplo un diente de Buda en Sri Lanka, el manto de Mahoma en Afganistán o la espada del profeta del Islam en el museo turco de Santa Sofía.

FUNDAMENTALES PARA EL CRISTIANISMO

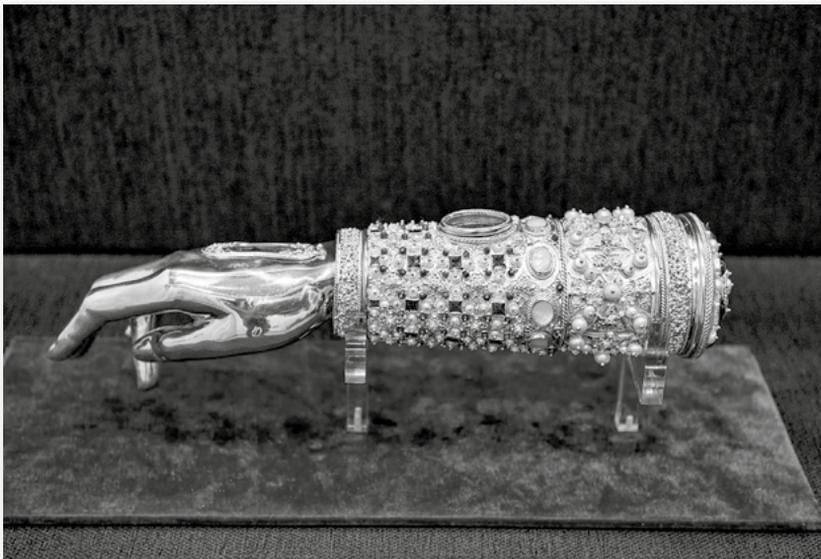
Dentro del cristianismo, las reliquias han cosechado un valor histórico propio y fundamental. Determinaron construcciones y templos en los que custodiarlas, así como conflictos diplomáticos. Era una razón más para que obispos y abades quisiesen dotar a su iglesia o monasterio de una reliquia insigne, que atrajera la piedad de los fieles. Sabían que el porvenir y la celebridad de un monasterio dependían en buena medida de su tesoro de reliquias. Frecuentemente se convertían en fuente de financiación para sus construcciones. Salían de sus límites fronterizos para obtener recursos y contribuir a terminar obras iniciadas e interrumpidas.

Con el establecimiento del cristianismo como religión oficial del Imperio romano, surgieron también las reliquias como un tema muy a tener en cuenta por sus teólogos. San Jerónimo dice por qué los cristianos veneraban las reliquias: «No rendimos culto y no adoramos por temor a hacerlo a las criaturas en vez de al Creador, pero veneramos las reliquias de los tres mártires más a Él, dueño y señor de los mártires». San Agustín va más allá al afirmar, en su libro *La ciudad de Dios*, que «está claro que quien tiene afecto por alguien venera lo que queda de esa persona tras su muerte, no solo su cuerpo, sino partes de él, e incluso cosas externas, como sus ropas. Entonces, en memoria de los santos, debemos de honrar sus reliquias, principalmente sus cuerpos, que fueron templos del Espíritu Santo».

Tan valorada y protegida quiso ser la veneración de los mártires y sus reliquias, que ya en el siglo IV el papa del primer concilio ecuménico en Nicea, san Silvestre I (314-335), instituyó los llamados Martirarios, que eran un oficio eclesiástico de clérigos, como «custodios de mártires» o «mansionarios» con rango superior al subdiaconado.

Quizás, la reliquia primigenia que abrió el melón de la devoción y las propiedades milagrosas fue el descubrimiento de la cruz en la que murió Jesucristo. Según recogen varios autores clásicos como Gelasio de Cesarea y Rufino de Aquilea, Helena, la madre del emperador Constantino, fue de viaje a Jerusalén y allí se informó acerca del lugar en el que el cuerpo de Jesús había sido clavado a la cruz. Con el paso del tiempo, esta emperatriz, tras ser proclamada santa, también cayó presa de los buscadores de reliquias. Su cabeza y los huesos de uno de sus brazos fueron a parar al monasterio de El Escorial y a la catedral de Toledo, respectivamente.

El primer caso documentado de veneración cristiana de reliquias nos conduce a la figura de san Policarpo, quemado en la hoguera en el año 155. En el apogeo de la «edad de los mártires», Policarpo, el combativo obispo de la comunidad cristiana de Esmirna, en la costa occidental de Turquía, fue, a sus 86 años, conducido ante una turba vociferante y conminado a renegar de su fe. Por su negación de la existencia de todos los dioses romanos, a los seguidores de Jesús se les conocía como ateos, y así, cuando Policarpo se vio conminado a abjurar del cristianismo, las palabras que su interrogador quería oír eran «muerte a los ateos». Policarpo



Relicario con el brazo derecho de san Policarpo de Esmirna , el primer caso documentado de veneración cristiana de reliquias en el Santo Monasterio de Panagia Ambelakiotissa - San Policarpo, en Nafpaktos, Grecia desde el siglo xv

así lo hizo, pero «no a nosotros», les estaba diciendo, «a vosotros». El fuego de la hoguera no quemó la carne de Policarpo, sino que la perfeccionó. Entonces, los cristianos de Esmirna se unieron en el empeño de recuperar el santo cuerpo de su obispo. Sus seguidores querían sus huesos. Los reunieron en la creencia de que eran «más preciosos que las perlas, más acreditados que el oro».

CATEGORÍAS Y CLASIFICACIONES

Recién cumplido su tercer siglo de existencia, la cristiandad había convertido huesos y cenizas en bienes comparables a piedras y metales preciosos, solo que más precisos aún. Tal vez era inevitable que, a medida que aumentaba el número de reliquias y se extendían por el mundo, surgiera la necesidad de catalogarlas y clasificarlas. En el ámbito del catolicismo, llegaron a distinguirse tres categorías: de primera, segunda y tercera clase, con gradaciones de valor adicionales, evidentes pero no tan definidas desde el punto de vista formal, dentro de cada categoría.

Una reliquia de madera que se cree proviene del pesebre de Jesús y que este año ha vuelto a Belén, en cisjordania, 1,400 años después de que fuera mandada a Roma como regalo al Papa



Las de primera clase comprenden cualquier objeto que pueda haber tenido contacto con Jesucristo durante su vida terrenal, su muerte o su resurrección: fragmentos de la cruz o los clavos empleados en su crucifixión, o la sábana de Turín, de la que se cree que envolvió su cuerpo antes de introducirlo en el sepulcro. También son de primer nivel los cuerpos íntegros de santos y sus partes. A las reliquias de segunda pertenece todo aquello que estuviera relacionado con la vida de un santo sin ser de su carne y hueso. Es una reliquia de tercera clase todo aquello que haya tocado una reliquia de primera.

Existen tantas clasificaciones como reliquias se distribuyen por el orbe planetario. Una lista valora las reliquias en función de si están más o menos completas. Las reliquias verdaderamente importantes, cuerpos enteros, cabezas... eran *reliquiae insignes*; las



La recuperación de la reliquia de la mandíbula de san Antonio (1512), fresco de Bartolomeo Montagna, en la sala capitular de la Scuola del Santo, Padua

más pequeñas *reliquiae non insignes*, entre las que había *notabiles* (una mano, un pie) y *exiguae* (un diente, un cabello).

Las reliquias se clasifican en diferentes categorías. Las hay para todos los gustos. La mayoría son restos de huesos (*ex-ossibus*), aunque también las hay que formaron parte del cuerpo humano (*ex-carne*), o trozos de la piel (*ex-pillis*). Las orgánicas se dividen en divinas y terrenales. Las divinas pueden ser hematológicas (sangre de la Pasión o circuncisión o tierra de Getsemaní impregnada del sudor de sangre), odontológicas (dientes de leche), cárnicas (prepucios) y capilares (cabellos).



Reliquia del Santo Clavo, en la catedral de Trier, Alemania

Forman las reliquias terrenales de Cristo cuatro grandes apartados: animales, vegetales, metálicas y pétreas. La reliquia animal es la esponja en que se dio a Jesús de beber hiel y vinagre. Las vegetales se clasifican en lignarias (madero de la cruz, la tablilla con el INRI, las espinas de la corona, el asta de Longinos) o textiles (los santos pañales, las sábanas santas, los sudarios, las verónicas...). Si la reliquia fue compuesta por prendas, serían catalogadas como *ex-vestibus*. Las metálicas son los clavos santos, los hierros de las santas lanzas y los grilletes. Y las pétreas: el pesebre del Portal de Belén...

Otro tipo de reliquias también muy comunes son las que adquieren su condición por contacto, es decir, todo aquello tocado por un santo, la Virgen... Ejemplos, tenemos unos cuantos: el aceite de las lámparas que se encendían delante de ellos, las sábanas dispuestas sobre las tumbas, el polvo de las catacumbas... Este tipo de reliquias no solo se aplica a objetos; también a lugares sagrados, como el Santo Sepulcro de Jerusalén, que al permanecer durante unas horas en contacto con Jesucristo adquirió el estatus de sagrado.